

40 CÉNTIMOS

REPUBLICA
MUNICIPAL
MADRID

BUEN HUMOR

8. MAR. 1925

8. MAR. 1925



Dib. LÓPEZ RUBIO.—Madrid.

—Pues esto no es nada. En mi casa, de La Mancha, tengo un aparato de ocho lámparas...
—¡Caray! ¡La Mancha... Ocho lámparas! Pues está usted para que lo lleven al tinte.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS		
Trimestre (15 números).....	5,20	pesetas
Semestre (26 —).....	10,40	—
Año (52 —).....	20	—

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS		
Trimestre (15 números).....	6,20	pesetas
Semestre (26 —).....	12,40	—
Año (52 —).....	24	—

EXTRANJERO		
UNIÓN POSTAL		
Trimestre.....	9	pesetas
Semestre.....	16	—
Año.....	32	—
ARGENTINA (Buenos Aires)		
Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856		
Semestre.....	\$ 6,50	
Año.....	\$ 12	
Número suello.....	25	centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Plaza del Ángel, 5.—MADRID
APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41. ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.
(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)
— MADRID —

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M

SECCIÓN RECREATIVA DE 'BUEN HUMOR'

por NIGROMANTE

CUPÓN

correspondiente al núm. 171 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

4.-Cabeza.

DE 50 E. TIJERA

5. De Antequera.

REAL ORDEN

PESCADO

REAL ORDEN

LO QUE NO IMPORTA



SOMBREROS
BRAVE
6 MONTERA 6

Cupón núm. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de marzo.

6.-¿Ustedes gustan?

—Si tu abuelita no fuese una prima-cuarta no os llevaría a esos espectáculos.

—Te advierto que lo has de por convertir a ese dos-dos que es su cehidilla. Al animalito le entró el conejo a nadie la comedia prima-tres.

—Si, y de paso se atraca de todo y ensucia las butacas.

7.—Lo busca la policía... aún.

JUANA

PEPA

RITA

ROSA

PARIS y BERLIN

Gran premio

Medallas de oro.

BELLEZA

No dejes engañar,
y rellena siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negra, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LIQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y fina envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostron graseros, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfumes de frescas flores. Es el sejuenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da luminosidad y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDRO. las cremas. Complace a la persona más exigente. Juvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar el cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles al color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin febriles, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sará, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



Si usted fuma

tendrá los dientes amarillos. Pero no se preocupe y siga fumando, que usando a diario

PASTA DENS

ostentará usted una dentadura blanca y brillante y tendrá la boca fresca y perfumada.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID

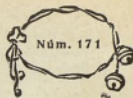
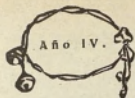
DESCONFÍE USTED

de quien le ofrece los productos de la Perfumería Gal a precio más reducido. En todas las comercios de España, Baleares y Canarias, se venden a los mismos precios que en nuestras tiendas al detall. Es lógico sospechar de quien renuncia el modesto margen de utilidad en la venta.

TUBO
2pts

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.





NOTAS DE UN INGENUO



Prescindi de todo razonamiento, y miré. La tromba vestía de negro y alcancé a observar que tenía ardientes los ojos, fresca la boca, gracioso el talle, garboso y fúgax, como la juventud, el paso. Tras ella, pisándola los tacones, sofocados, rojos, resolantes, volaban dos mozos trajeados de personas civilizadas.

Por lo pronto, y sin darme cuenta de lo que hacía, apreté asimismo la marcha, en su persecución. Cuando en los transeúntes se nos acaba el poeta, comienza el policía. Y lo primero que me llamó la atención fué la circunsistencia de que aquellos dos individuos se hubieran asociado para seguir a una mujer. Pude notar que se acercaban cada vez más a ella, y que la piropeaban. La fúgativa, encerrada en su autismo, y aun escudada en su precipitación, no les hacía caso alguno. Los dos galanes, sin fijarse en ello, arreciaban en sus palabras a media voz, — palabras madrigalescas, sin duda, acaso procaezas; tal vez flmientes. — Trotaba ella, y galopaban ellos. Era un acoso interesante: un deporte probablemente muy higiénico. Yo, embelsado, principié a sudar.

Sigui observando. La mujer continuaba su carrera, veloz y segura; su pecho avanzaba con firmeza de proa. En los crespones de su luto el aire, agitado, promovía pliegues y rizaduras como las que admiramos en la Victoria de Samotracia. Resistíase a volver la cabeza, temerosa quizá de convertirse en otra mujer de Loth. Sorteaba obstáculos, eludía tropezones, desafiaba «contronrazos». La Villa y Corte se ensanchaba ante sus zapatos presurosos. Sin despegarse, con pe-

DOS CONTRA UNA

gañosa asiduidad de escolta o de custodios, los dos amigos perseveraban en el trañín de abrumarla con sus preguntas, o sus cuchufletas, o sus estúpidices. Comprendí que a aquellos dos hombres les seducía la misma mujer, y pude percatarme, igualmente, de que a aquella mujer no le interesaba ninguno de los dos hombres.

Ella, de repente, retrocedió un paso, y, como si renunciara a la compañía de los enamoradizos, cruzó la calle acogiéndose a la acera contraria. Los dos asociados para el requiebro, saltaron tras ella. Ella aceleró más aún la marcha; imitáronla ellos. Yo, maquinalemente, me sujeí la ropa, y salí disparado.

A los pocos minutos la perseguida volvió a atravesar la calle y a buscar refugio en el lado opuesto. Los seño-

res Daoiz y Velarde se fueron detrás, atropellando a una mujer gorda, a un sacerdote apacible y a un chiquillo embobado. Uno de los persecutores alargaba mucho el pescuezo, para que la perseguida oyese bien, por lo visto, sus espiritualidades. El otro le arrojaba al rostro, con tal cual insinuación de borrosa, una valiente bocanada de humo. Los dos hombres se inclinaban, tan pronto suplicantes, tan pronto osados; pero la mujer insistía en su celeridad; que yo me hubiera resuelto a calificar de desdén. Al fin, la carrera llegó a ser tan desenfundada, que me generaron los tres gran terreno, y los perdí de vista. En la esquina, ya lejana, aún, ante el paso arrollador de los vesdánicos, cayeron un mozo de cuerda, un ama de cría y dos señores de chistera académica.

« Confieso que me detuve perplejo, a reflexionar y a secarme el sudor que me humedecía las sienes. ¿Qué se habían propuesta aquellos dos jóvenes, arremetiendo así contra una mujer? ¿Por qué esta parecía extraña se repite a menudo en una capital, en la que, al cabo de tantos siglos, «ya» se lanzan las mujeres a caminar solas por las calles? ¿Qué ocurre cuando dos ciudadanos piropean a una mujer, y lamulor no les presta atención a ninguno de los dos? ¿Por qué se asocian dos hombres para declarar a una mujer que les parece hermosa? ¿Qué es esto de alrullarla con palabras de ansia, de mendigio y de bandolero? Lo ignoro. Sin embargo, en España abundan las parejas de muchachos vigorosos y decentes que se confabulan contra una mujer, vaya deprimida o despacio, vista de negro o de colores. Se trata de una cacería contra la que no se levanta ninguna porra de guardia urbano. Sentimos mucho que Buen Humor no tenga la sección «Averiguador universal», para que nos informasen acerca de tan curioso misterio.

E. RAMÍREZ ANGEL



DB. SIENRO.—Madrid.

COSAS DE LA RELATIVIDAD

(Con permiso de Einstein... ¡Y si se pone tonto, sin su permiso!...)

I

Mario Zabeleta era un hombre inerte y valisoleitano. Así como para otros, el movimiento se demuestra andando, según la opinión de Zabeleta no había movimiento más garboso y chulapón que la absoluta quietud y la parada definitiva y consciente. El acto más transcendental de su vida consistió en recostarse sobre un farol y su momento de placer más intenso se lo produjo la espera de un tranvía de la Prosperidad que a la hora en que escribimos estas líneas todavía no ha llegado. Mario era pescador de caña, jugador de ajedrez y correligionario de Melquíades Álvarez que son las tres cosas para las cuales el hombre tiene paciencia, menos prisa y absolutamente ninguna gana de menearse del sitio elegido para pasarse allí la vida, sea corria o llegue hasta la más indecorosa decrepitud.

Y, sin embargo, Mario vivió y murió sin que sus familiares y amigos se diesen cuenta de que no movió ni el dedo de un pie para transitar por el planeta.

Claro está que tan espléndido problema lo resolvió Zabeleta porque había en el mundo una teoría de la relatividad, cuya eficacia solamente él acertó a comprender y cuyos peregrinos beneficios y ventajas adornaron su vida de incidentes triunfales que, si no fuese yo el que los relatase, parecerían mentira y tal vez lo fueran.

Verán ustedes...

II

Mario debió su fortuna a una boda. Recostado en una esquina de la calle de Alcalá pasó cinco años piropeando a las transeúntes más guapas y mejor vestidas. Vió pasar ante él más de quinientas socias sin demostrar la menor impaciencia, hasta que un día le dio a una de aquellas preciosidades la humorada de detenerse frente a nuestro hombre. No juzgó el acto de la individual lo expongo nada más y como estamos en plena relatividad importa muy poco que la susodicha señora fuese una virtud romana o una desprecupada griega. El caso es que se paró ante Zabeleta, y que admitió sus piropos, y que hablaron un rato, y que al día siguiente volvió a pararse, y que al otro día fué al mío siñio en unión de un automóvil espléndido, decidida a desatracar de la esquina al guapo y estático mozo.

Pero Zabeleta no se movió.

Se movió el auto. se empezó a mover la calle de Alcalá, pasó ante él en carrera desenfrenada el paseo de Recoletos, la calle de Goya al galope y la

de Serrano dando saltos agigantados, y al cabo de un rato cesaron de correr las casas y los árboles y los faroles y Mario se encontró delante de una finca de ole con ole, de seis pisos y de la ciudadana propietaria del auto.

Y la finca abrió su puerta y pasó embasas hojas por los costados de Zabeleta y no se detuvo hasta que su salón principal se puso a los pies de Mario.

Y de este modo, y sin hacer más movimientos en días sucesivos, Zabeleta se encontró con que todo aquello era suyo.

Claro que, para asegurarse más, mandó un día que le trajesen una iglesia, con un cura y varios amigos dentro y se casó con la señora a quella sir metiere en ulteriores averiguaciones y sin faltarle en los convidados le miraban con algo de chunga sarcástica.

III

Al mes de casado le sucedió una cosa insólita en el fondo de un pasillo.

Una de las doncellas de la casa venia con un servicio de té en dirección a Zabeleta (que desde que le conocimos no se había menado de su sitio, como ya nos consta suficientemente). Mario inició en el mismo momento un desprezo gigantesco y abrió los brazos. ¡Y la relatividad palicler!... Al minuto escaso los cerraba, con tan mala suerte, que la doncella quedó dentro del cierre, y como Mario no era hombre que mudase de postura dos veces en tan breve lapso, quiere decirse que a las tres horas justas la doncella continuaba en su lugar descañado y Zabeleta tan fresco (es un decir).

Y pasó otra hora más.

Y pasó otra.

Y pasó lo que no debía pasar.

IV

La mujer de Zabeleta se enteró del incidente por la doncella.

Pero no por la doncella del incidente sino por la suya.

Y al poco rato de enterarse buscó a su marido, y Zabeleta tuvo la amabilidad de recordar a Einstein otra vez, en una escena que fué épica.

Dos o tres veces la ofendida esposa aproximó su bello rostro a la palma de la mano derecha de Mario y se dió de golpes contra la mano. Después, cansada de ese deporte, empezó a dar envites con sus costillas a un bastón que casualmente se puso en la diestra de Zabeleta. Y para final se arrancó diez o doce cabellos y se los colocó a su marido entre las uñas.

Y de pronto determinó que llamasen a los guardias.

Esta determinación provocó un conflicto.

Los guardias resultaron dignos émulos y einsteinianos compañeros de Zabeleta y dijeron que tampoco se menearan de la esquina donde les encontraron prestando sus servicios (es otro decir).

Y hubo que llamar a la guardia civil.

VI

El matrimonio se separó.

Es decir, la que se separó de Zabeleta fué su esposa, pero para separarse se tuvo que marchar de la casa porque él no abandonó su magnífico estatismo.

Y como había ciertos documentos previos y ciertos títulos de propiedad incautamente concedidos por la egregia y ajamondada y comitante de Mario, éste se encontró convertido en casero y dueño de unos miles de duros para hacer reparaciones en la finca, es decir, para no hacerlas. ¡Ya hemos repetido varias veces que él no estaba dispuesto a hacer nada!...

Por excusa única cosa, la primera y la última que hizo en su vida: subir el alquiler de todos los pisos, menos el ocupado por él y menos uno de los interiores que destinó a la doncella causante del desastre.

VII

Pasaron tres años.

Un día supo que su ex mujer se había ido a Chile con un pelucero norteamericano.

—¡Te ha engañado tu mujer!—le dijo el amigo que se lo dijo.

—¡Zabeleta reció de Chile!...

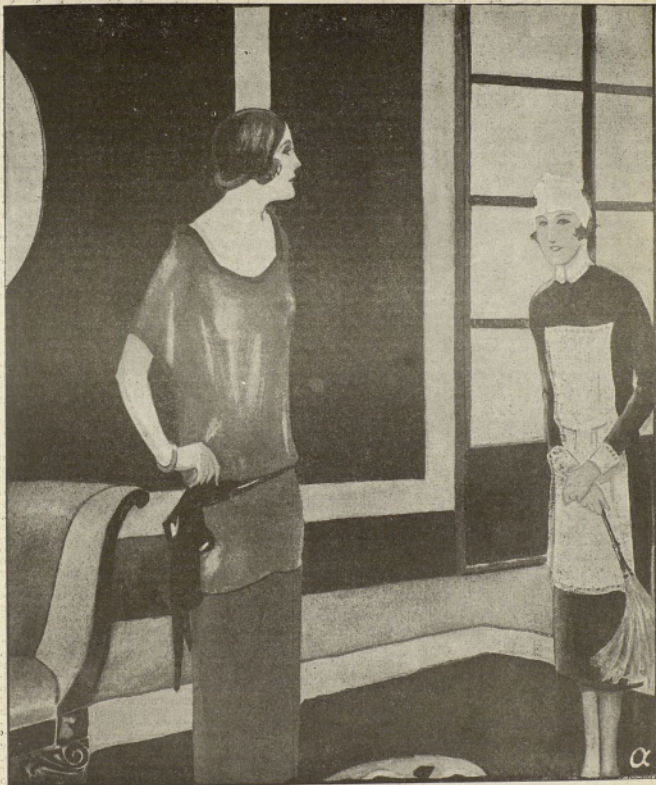
—¡Perdon! ¡Al que ha engañado ha sido al pelucero!... ¡Todo el dinero que poseía lo tengo yo, menos la relatividad de seis mil duros que la quedaron por un casual emientemente fortuito, y porque yo no quise ensafarme nada! Y ahora tú, por aipón y por mal amigo, y por venir a gozarle en lo que tú creías que era un ridículo, vas a experimentar también la eficacia contundente de las teorías de Einstein!...

Y al acabar de pronunciar estas palabras abrió el balcón, cogió un trozo de acera de la calle de Serrano y la colcó violentamente debajo de los pies de su desprovado amigo, que no se hizo cisco con el golpe por un verdadero y relativo milagro!

Y después llamó a la doncella, que ya supondrán ustedes que desde el suceso de marras era una doncella tan relativa como todo lo demás.

Por supuesto, que más relativa es la gracia de este artículo, y nadie de ustedes ha protestado todavía.

ERNESTO POLO



- ¿Es usted supersticiosa, señorita?
 —No; nada. ¿Por qué?
 —¡Cuánto me alegro; acabo de romper el espejo grande del salón.

Dib. ALPHA.—Albacete.

LLAMEMOS LA ATENCIÓN

El desgraciado, humilde violeta, que se propone pasar modestamente por la vida y sin hacer nada para que la gente se fije en él, ya puede decir que está haciendo el ridículo a cuatro manos y de una manera como para obtener premio. Aquí hay que sentirse completamente vanidoso y establecer un sistema de auto-anuncio que hasta los americanos, reyes del reclamo, se queden absortos y diciendo en inglés, naturalmente: —Pero qué bien se jalea a sí mismo ese hombre.

Ahí duele, precisamente, y de ese dolor es de donde debe arrancar el que cada uno procure llamar la atención mucho más que cualquiera de sus compañeros de profesión.

Precisamente la vida, en sus continuas relaciones de sociedad, ofrece ancho campo para los que gusten del sistema del reclamo. Rara es la semana en que no ha surgido entre nosotros un hombre verdaderamente extraordinario al que es preciso otorgar el honor de brindarle un banquete. El genio que se ve obsequiado con un plato de langosta con mayonesa o con otro de pollo asado, servidos en un restaurant lujoso, es mucho más genio después del égo que antes. Pues, sus y al homenaje, sumándose a él aunque le importe a uno un rábano el que aquel

ciudadano obsequiado haya escrito una comedia, pintado un cuadro, dado dos saltos mortales o mordido en la nuca a su sastre. Un banquete es un sitio de exhibición para los comensales y perder el momento es hacer el buey, dicho sea con el respeto debido.

—¿De manera que usted se ha alegrado mucho del éxito de Mindiundi?

—¿Y? ¿Quién es Mindiundi?

Hombre, el comedidgrafo en cuyo honor se ha dado ese banquete y al que ha asistido usted según he leído en la prensa.

—Ni me importa su éxito, ni me interesa él. Si el banquete hubiera sido por que le han pateado, lo mismo hubiera ido; usted le ha leído mi nombre en los periódicos, pues ya está conseguido el objeto. Ahora le pueden protestar a ese Mindiundi todas las obras que estrene, que me tiene sin cuidado.

Esta es la pura verdad y los que se ven agasajados, con actos semejantes, mientras expresen el temor y pasen la mirada a lo largo de las mesas en que están los admiradores, deben pensar en la verdad de lo que dicho queda. Allí hay muchos, muchísimos señores que, además de la alimentación, van buscando el brillo del acto, la reseña, la fotografía y el que su nombre suene, aunque sea en una cosa tan prosaica

como el decir que han comido. El asunto es lo de menos.

Y que lo es queda demostrado al ver la concurrencia a determinados enterros donde los asistentes son los mismos que a los festines. Hay aulen todos los días lee la prensa para ver si ha caído un pez dorado, soñando con que su entierro también será sonado y a él se va como quien se encamina a una diversión cualquiera.

—Qué buena persona era este señor.

—Oh, excelente. Espere usted que voy a firmar.

Se firma con letra muy clara, se deja tarjeta y en cuanto se ve a un reporter tomando nota de los nombres a él se acude solícito diciéndole. —Me agrada que hiciera constar que traigo la representación del Centro de lisiados del ombligo.

—Con mucho gusto.

A la noche el reclamista ve su nombre en el periódico y se siente satisfecho, dando por bien empleado el rato que pasó siguiendo al muerto, que dicho sea de paso ni conoció en vida siquiera, pero que le ha servido para que su nombre salga una vez más a la luz pública.

Infinitos individuos llevan años y años dedicándose a actos y homenajes por el estilo, unos agradables y otros no, pero todos conducentes al fin deseado. ¡Oh, el reclamo personal y cuán necesario es para la Humanidad!

Una tarea insistente y prolongada en este sentido, ha abierto a muchos distinguidos adolecentes, las puertas de la popularidad, haciendo que los oídos de los ciudadanos de buena fe se habitúen a la repetición de un mismo nombre, hasta el punto de que si uno de estos reclamistas es atropellado por un automóvil, al ver su nombre hay infinitos señores que exclaman: —Qué barbaridad, ¿pues no le ha cogido un auto a Perencejo?

—¿Quién es?

—A punto fijo no lo sé, pero es un individuo que suena mucho y cuyo apellido he leído muchas veces; indudablemente es un hombre de mérito, sino que esos demonios de choferes no respetan a nadie.

Perencejo ni tiene mérito, ni es nada importante y, despiadadamente pensando, casi da lo mismo que sea atropellado o que no. Pero es popular y de ahí el camelio para los compasivos. Insistamos de nuevo. Hay que llamar la atención, y el que ha conseguido fijarla, ya tiene asegurada la felicidad. Aunque sea más bruto que una bola del puente de Segovia.

A. R. BONNAT



Dib. López Rav. —Madrid.

—¿Pero qué haces?, animal.

—¿No oye usted que se ahoga?, pues arriarle un bote.

GALERÍA PINTORESCA

LA PETACA DEL CHOFER
(BECQUERIANA)

XIX

*Del salón en ángulo obscuro,
de su dueño tal vez olvidada,
al salir anteayer del garage
me hallé una petaca.*

Año y medio o dos años hacía
por lo menos, que ya no fumaba
mas que el sucio, indecente tabaco
de la Arrendataria,
y ante aquella petaca de lujo
con corona y enlaces de plata,
a escondidas lancéme a cogerla
por ver qué guardaba.

*¡Ay! pensé: ¡Qué delicia fumarase
un cigarro Imperial de la Habana
entre nubes de un humo oloroso
que llegen al alma!*

¡Qué inefable placer voluptuoso,
digno solo de egregios monarcas,
gozaré como postre de un rico
bistek con patatas.

La taberna está al lado y es hora
porque Lázaro sé que me aguarda;
por lo tanto no pierdas el tiempo:
¡Levántate y anda!

Esto dije, y salí de estampía
bendiciendo mi suerte lograda,
a fumarnos los ricos habanos
de aquella petaca.

No le dije a mi amigo el hallazgo;
no le dije ni media palabra,
porque quise gozar la sorpresa
mirando su cara.

—¿Qué va a ser? dijo el mozo al sentarnos.
—Dos de callos con una de Arganda.
—¿Y después?

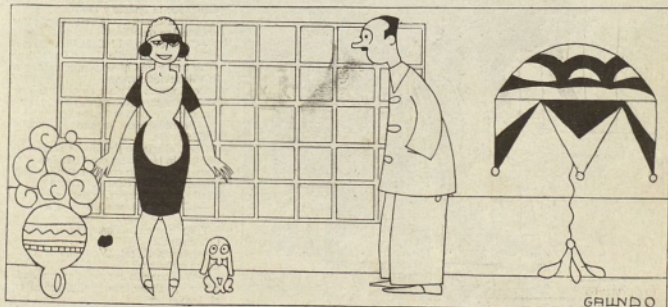
—Pescadilla, rifones
y huevos en salsa.—
Devoramos más bien que comimos
el *menú* improvisado en la tasca,
y de postre pedi dos *cafeses*...
con media tostada.

Apurado el *coñac* «Tres estrellas»
no recuerdo ya bien de qué marca,
con el fin de echicar a mi amigo
firo de petaca...

y ¡oh terrible y brutal ironía!...
solo había papeles y cartas,
¡y un apremio del inquilinato
que no lo pagaban!

¡Piense de coronas y enlaces!
¡Piense de atributos de plata!
¡Sabe Dios lo que oculta en el fondo
la más rica y lujosa petaca!

FIACRO YRÁYZOZ.



Dib. GALINDO.—Madrid.

—Señor, tengo que quejarme de su hijo porque siempre que me encues tra en el pasillo me suele dar un pellizco.
—¿Y por qué no me lo has dicho antes? ¿Para qué estoy yo aquí?

EL PRIMER ENSAYO

Honorio Domínguez, al despertarse aquella mañana, tuvo un gesto heroico, *dosdameyzezo*; un gesto que se lo ponía el Cid al papa Víctor, y le cede la tiara, por las buenas.

—¡No voy a la oficina!!!—gritó dándole un metido al despertador, el cual, comprendiendo que la cosa iba de veras, salió de estampía, corriendo a refugiarse debajo de la cama. Allí tintineó tres o cuatro veces más, como si dijera: «La he *diñao*», y enmudeció para siempre. (R. I. P.).

Volvióse Honorio de cara a la pared pero, inmediatamente hubo de aparecer ante él la visión de su negociado que, por cierto, le hizo el mismo efecto que a un *chauffeur* la silueta de un guardia con la maza en alto. Telepáticamente oyó la interrogación del jefe y las res-

puestas de los caritativos compañeros:

—¿Qué le pasa a Domínguez?

—Yo le vi anco en Apolo dándole coba a Galleguito!

—¡Es que presume de escritor!

—¡Arrea, y escribe las abreviaturas añadiendo letras!

—Como que un día le dió don Dámaso el expediente de la belladona para que lo extraxese y dijo que la belladona no tenía extracto!

—¡Es que de puro vago no puede saltar porque le entra la pereza cuando está en el aire y hay que tirar de él para que vuelva al suelo!

Domínguez reaccionó. Aunque no era de Zaragoza—entre otras razones de muchísimo peso, porque había nacido en la Navata—podían llamarle lo que quisieran. ¡Ya veían aquellos

chupatintas quién era Honorio Domínguez el día en que tuviese que ir Muñoz Seca a pedirle por favor que le dejara estrenar medio acto, aunque fuese en el Coliseo de Lavapiés!

Y es que el hombre era autor.

Precisamente aquella tarde empezaría a ensayarse, en el teatro Marifur, su primer obra, *¡Acústate y descansa!* ¡Una revista que iba a ser el *desmigüe*! Sobre todo, el truco del segundo cuadro. En él, las segundas tífiles hacían de cigarrillos, surgiendo de una cajetilla de cincuenta y se quedaban en cuevas mientras cantaban:

«Al pitillo hay que quitarle

el papel,

porque puede a usted dañarle

y el pulmón deteriorarle

si lo fuma usted con él...»

¡Sencillamente genial!

Pensando lo que les diría a los periodistas, cuando fueran a *entrevistarle*, le llegó la hora de ir al teatro.

¡Bueno!... En la historia hay entradas famosas: la entrada de Alarico en Roma, la entrada de Francos Rodríguez en la Academia, la entrada de los peces en el Jarama... ¡Ah!, pero ninguna comparable a la de nuestro flamante autor en el escenario del Martínez.

Cuando llegó, la primera tífile estaba con una pataleta imponente. Sus compañeros no conseguían sujetarla.

—¡Ay!... ¡Ay!... —clamaba la infeliz en los intervalos de su hiper-histérico— ¡Mi Paco *casao*!... Y, si a mano viene, por la Iglesia y todo!...

—No te apures, mujer... ¡Puede que no sea tan detallista!

—Si es como mi Indalecio... ¡Se empuñó en que la calle de la Pasa tiene *mala uva* y nos tuvimos que casar por lo bolchevique!

Domínguez, en vista de que nadie se había preocupado de su grata presencia, decidió a dar fé de ella:

—Señores; muy buenas... —musitó tímidamente.

Pero, al mismo tiempo, la accidentada, ya sin lágrimas, daba rienda suelta a su indignación con unos gritos que nadie, oyéndola cantar, hubiera sospechado que era capaz de darlos:

—¡Como sea verdad lo que dice aquí!

Y agitaba en la diestra un plieguecillo de papel.

—¡Amos, chical! ¿Vas a hacer caso de un anónimo?

—¡Yo, cuando me manden un *anónimo sin firma*, no me molesto ni en abrir el sobre!

La tífile rugió:

—¡Pues, si no es verdad, al autor de esto le sacó los ojos!

En este momento, el pobre Honorio repitió campanadamente:

—¡Buenas tardes!



Dib. VIGOR ESCALERA.—Madrid.

—Ya sabes; 23 grados; uno por año de edad.

—Y para el señor?

—Lo mismo, uno por año; pero lo dejas enfriar un rato largo.

Ahora tuvo un éxito loco. Todos se volvieron a mirarle y el director se dignó preguntar:

—¿Qué desea usted?

—Yo soy el autor de... —comenzó a explicar; pero no tuvo tiempo de concluir. La primera tiple se fué a él, hecha un basilisco, gritándole al tiempo que le refregaba la carta por las narices:

—¡Ah!... ¿Usted es el autor de esto?...

¡Pues se lo va usted a comer!

Y, para que no hubiera lugar a dudas, le obsequió con las dos bofetadas más sonoras, rápidas y eficaces que puede atizar la mano de una estrella escénica en el momento de recordar que

su madre fué verdulera y ella vino al mundo en la calle de la Ruda.

El agraciado pensó un instante: que si los pies no sirven para correr, no sirven para nada; pero no tuvo tiempo de utilizarlos. Unas uñas que arañan, unas piernas que confusionan, veinte brazos que empujan, y Honorio Domínguez que aparece en mitad del arroyo buscando con la vista en la fachada del teatro el boquete por donde debió salir.

Así le encontró el empresario, que llegaba entonces:

—¡Qué! ¿Terminó el ensayo?... ¡Le ha gustado a usted cómo hacen las cosas mis cómicos?

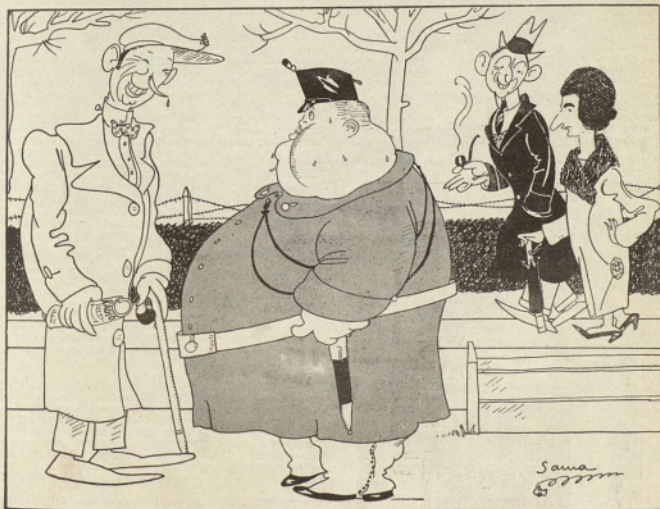
Honorio, ahogando el grito de angustia que sus maltratadas costillas le arrancaron, comenzó a lamentarse, rojo de ira:

—¡No, señor!... ¡De ninguna manera!... Si llega usted a venir antes, hubiera visto una escena que... ¡Vamos!... ¡No hay derecho!...

Pero el empresario, agarrándole de un brazo campechanamente, le atajó:

—¡No se apure, hombre!... Venga usted conmigo... ¡Ahora van a repetir la escena esa delante de mí!

RAMÓN MARIA MORENO



DIB. SAMA.—Madrid.

—¿Así que estás en Artillería ligera?...

—Sí; lo pedí en un momento de flaqueza.

UNA AVENTURA DEL CAPITAN TIPP

A LAS DOCE, EN EL MUELLE SAINT MICHEL

—Esta historia se la doy muy barata. Es una historia de ocasión. La lido por necesidad urgente. Tres francos, sólo tres francos y es suya.

—Trato hecho.

—Al contado, amigo mío. Si no, tendría que subirle el precio... Se trata de cenar, ¿comprende usted?

Realizada la adquisición en toda regla, el capitán tosió repetidamente y comenzó su relato.

«Una vez remoné el Sena buscando París. Siempre y desde todas partes, París me ha llamado con su luz y sus mujeres. París puede dar cuenta de todos mis ahorros y de todos mis buenos negocios... El último de entonces, un poco sucio, un contrabando de carbón, me había valido mil setecientos francos. Yo pensaba comprar con este dinero el Arco del Triunfo y unas camisas de color, pero una mujer se cruzó en mi camino...»

—Estaría escrito—dijo.

—Puede, pero ¿como yo no sé leer!... Cerró sus ojos. Estoy seguro de que así la evocaba mejor o de que le molestaban los faros de los automóviles.

«Era morena y flexible. Sus ojos se rasgaban hacia las sienes y estaban

rodados de una sombra artificial que le hacían interesantísima. Fumaba y, para ver las volutas de humo desperdizarse en el aire, levantaba el cigarrillo con su mano derecha y lo sostenía en alto.

Su nombre de guerra era Zoë. Su padre era montenegrino y había muerto durante la guerra de los Balkanes, aplastado en París por un ómnibus.

Su madre era parisien y tan patriota que, para dar más soldados a la Francia, que empezaba a quejarse de no tener hijos, se fué de casa y tuvo ocho en compañía de un perfumista. Estos ocho, y los tres del pintor y los cinco del panadero, hacían con Zoë diez y siete. El municipio pasó una pensión a la madre y los periódicos publicaron su retrato. Francia no da ahora mujeres así.

Cuan lo Zoë hablaba y me contaba toda su vida, accidentada como una cordillera, mi nariz, que ha sido siempre el barómetro de mis emociones, se ponía tan roja que parecía que se fuera a encender.

Me enamoré de ella perdidamente. Ella pidió muchas cosas al camarero, mientras acariciaba mi barba. Su triste oficio era pedir de beber en aquel caba-

ret, sentada junto a los parroquianos.

Le dije que la amaba, y ella cortó mis palabras echándose a los labios una copa de champán apócrifo.

—No seas tonto. Nuestro amor sería imposible. Tú, mañana no le acordarías de mí...

Protesté, mientras sorbía una ostra. —Además, mi vida está encadenada a la de un hombre...

Me desabroché el cuello y la miré fijamente. «Era una mártir ¡una azucena caída en el lodo del arroyo! Su vida era la letra de un tango...»

Totó se llamaba aquel hombre. Era apache, cobrizo y daba ciento veinte centímetros de perímetro torácico. De un puñetazo doblaba una farola. Había sido boxeador y asesino. Tenía un gato tatuado en la espalda. Fue el autor de tres crímenes y se le sospechaba de algunos más, de esos crímenes inéditos de todos los días, de esos hombres que a nacecen flotando en el agua con el vientre hinchado, de los que caen de los quintos pisos, de los que han escrito al juez que no se culpe a nadie de su muerte con máquina de escribir...

Imprudencias, desgracias, pero nunca se le encuentra a la víctima dinero en el bolsillo. Totó era especialista en tal actividad.

—Nada podías contra él. Te mataría sin piedad ninguna. Es celoso como un sultán. Debes olvidarme...

Juré que la amaría siempre, con tanta fuerza, que rompí una copa.

—Mató a su anciano padre, porque no le dejaba salir de noche... Figuró en la banda de Bonnoi, pero no cayó en poder de la policía, porque disfrutaba de quince días de permiso y los fué a pasar a Bretaña, cuando la policía echó mano a la banda... Después figuró en la de Pervisir, en la Giraud y en la de Vampiros Negros de Montparnasse. En casa tiene una bomba sin estallar, pero no se lo digas a nadie. Me mataría...

—¿No viene aquí por las noches?

—No le dejan, desde que un día vió que un inglés me besaba, y le partió la cabeza con una percha. Armó tal escándalo, que le tienen prohibida la entrada. Vino en los periódicos...

Besé su mano, llena de alhajas falsas.

—Algunas veces... ¡Oh! ¡Mirá! ¡Allí! ¡Es él!

Así, tan apresuradamente, me asustó. Por una ventana que daba a la calle y sobre el visillo de hilo crudo, asomaban dos ojos como dos carbones encendidos. Luego, sobre el cristal, una mano enorme y negra dibujó con



Dib.
CISNEROS
Madrid.

—¿Cuántos son los elementos?

—Cinco: agua, fuego, tierra, aire, y... aguardiente.

—¿Aguardiente?

—Sí, porque mi padre dice que está en su elemento...

un diamante una palabra, que el decoro y la honestidad me prohiben repetir.

Después, desapareció.

Me le tanté, y dije a Zoé:

—Ahora que me acuerdo, querida, tengo que marcharme. He invitado a cenar a un compañero y debe esperar-me en el hotel. Perdona...

—No me olvides... Acuérdate alguna vez de mi calvario, en el mar... ¿Es bonito el mar?

—Es grande y ha llovido mucho. Hay peces.

—Quiero darte algún recuerdo mío... No tengo nada... Estas joyas me las recueta el todas las noches... Los zapatos, pero... ¡Ah! Toma.

Cogió un tenedor y un cuchillo y me los metió en el bolsillo de la americana.

Desde la puerta giratoria le vi y quise volver atrás, pero la puerta no marchaba para atrás. Quise pasar de largo ante la calle dando la vuelta entera, pero *Totó*, grande como un quiloso, detuvo la puerta y con la otra mano me sacó a la calle, de la solapa del gabán.

El boulevard lleno de gente, me dió cierta tranquilidad y confianza.

Totó me dijo ferozmente:

—A las doce, en el muelle de Saint Michel.

—¿Por qué a las doce?—dije valerosamente.

—Porque es la hora de la salida de los teatros y tengo un billete para Ópera Cómica esta noche. ¿Acudirá usted?

—Acudiré. No le temo. Sé que tiene usted un gato tatuado en la espalda...

—Ella lo dice todo, pero yo la haré callar...

—¡...!

Sin darme cuenta, estaba en la acera de enfrente. *Totó* se alejaba. ¡Por fortuna, no tropezaba con ningún árbol. Los hubiera tropezado.

Me toqué los bolsillos y ya no estaba el cubierto de plata que me había dado Zoé.

Marché al hotel.

¡Qué horas pasó, amigo mío! ¡Qué horas las que mediaron desde aquel instante al de la siniestra cita del apache!

Porque yo no podía dejar de acudir al emplazamiento. Era un deber de honor, ¿comprende usted? Estaba una mujer de por medio y yo amaba locamente a esa mujer. Ella sería del más afortunado. El otro...

El muelle solitario, apenas un farol reflejado en el agua del Sena, bastante profundo para guardar en su fondo el secreto de un crimen.

¿Comprende usted la terrible prueba a que se sometía mi serenidad?

Bien seguro estaba de que uno de los dos perecía. Tanto *Totó* como yo, íbamos a partirnos el corazón. El apache llevaría armas. Yo las llevaría también.

Aquel hombre feroz me hundiría en el vientre el brillo fugaz de su navaja; yo debía estar alerta y dispuesto a matar por mi parte.

No se me ocurraba lo que en el tenebroso muelle me esperaba. Iría a jugarle la vida y a darle la tal vez...

Los ojos de Zoé en los míos brillaban aún y me animaban a acudir a la cita. Acaso era para ella la redención si yo daba fin al apache. Sólo ella bastaba para obligarme a ir al muelle de Saint Michel; sólo por ella debía yo dar toda mi sangre...

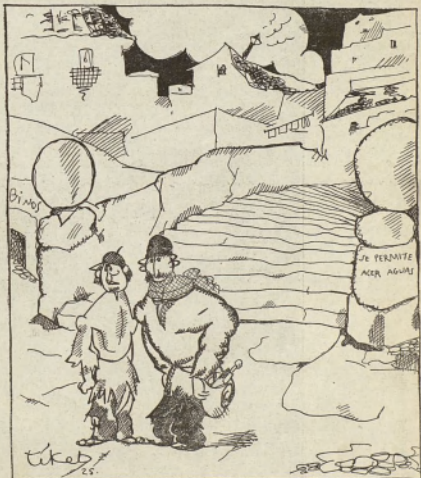
¿Comprende usted, amigo mío, qué

momentos crueles precedieron en mi ánimo la llegada de la hora fatal? ¿Comprende usted que yo no podía dejar de ir, aun sabiendo que no sobreviviría al infame apache, tal vez a toda una banda, acuchando en la sombra? ¿Comprende usted que, al ir, ofrecí mi vida a una mujer hermosa, como cualquier caballero español de Cornelié? ¿Comprende usted que era el momento más grave de mi vida y que mi honor me prohibía eludirlo? ¿Comprende usted?...?

—Sí, lo comprendo. ¿Y qué pasó?

—¡Ah! No acudí a la cita de *Totó* en el muelle de Saint Michel. Me quedé en la cama. ¡Qué enorme esfuerzo de voluntad!

José LÓPEZ RUBIO



Dib. TIKET.—Madrid.

—Me han dicho que os habéis asociado varios para vender latas viejas.
—Es cierto, ¿ves aquella misma joven que viene hacia nosotros?... Pues es una socia...

Agencia para la venta de los **BOBOS en TAMPICO** (Tampico) México D. Hermenegildo Dávila G., Apartado núm.

NUESTRAS ARTISTAS DIBUJAN Y ESCRIBEN

JOSEFINA DÍAZ DE ARTIGAS



Pepita Díaz Artigas, que honra nuestra escena con su talento extraordinario y con su gracia y su belleza excepcionales, era para nosotros una de las colaboradoras más codiciadas y por

conseguir unos dibujos y un artículo suyos, hemos estado movilizados en esta santa casa días y días.

La señora Artigas oponía a nuestros ruegos razones de modestia:

—No lo sabré hacer bien—decía.

Nosotros buscamos el camino de ganar su voluntad; hicimos gestiones cerca de su marido, para ver si la autoridad conyugal lograba lo que nos-

otros no habíamos podido conseguir; pero Santiago Artigas nos miró compasivamente y añadió:

—Difficil, muy difícil que mi mujer quiera escribir el artículo...

Buscamos más recomendaciones; interrumpimos una partida de ajedrez de D. Jacinto Benavente para pedirle ayuda. ¡Todo era inútil!

Por fin, Pepita Díez de Artigas, ante nuestra última insistencia, nos hizo una confesión:



En 'Lecciones de buen amor'

—No me hagan ustedes escribir y les prometo dibujarles unos monitos. Salimos del teatro encantados.

Unos días más tarde recibíamos los

estupendos dibujos que reproducimos en esta plana y una carta concebida en estos términos:

«He intentado escribir el artículo pe-



dido, pero desisto de darle fin; no resulta todo lo bien que yo hubiera deseado; este artículo humorístico me sale muy triste, muy triste, y no es ese mi objeto.

»Hasta hoy había leído a los grandes humoristas con complacencia, pero sin admiración; gustaba de sus libros y comprendía su ingenio, pero siempre había creído que el humorismo era un género fácil, parecido al chiste burdo o al dicho popular. Pero ya, no; desde hoy, que he intentado hacer humorismo y he visto cuanta es su dificultad, tendré para los humoristas veneración, pues sabré apreciar lo serio que es el humorismo.

»No les envío, pues, artículo, y si esta carta que, repleta, me parece esas que se publican como anuncio de un específico: «Yo tenía una hija enferma hacia cinco años, tomé las pastillas del Doctor Fulano, de venta en todas las farmacias, y curó; mil gracias y adjunto el pedido de una gruesa de pastillas...»

»Lo mismo les digo; quedo recono-



En el bisne

cida al humorismo, ya que al intentar practicarlo lo he conocido hasta su esqueleto.»

PEPITA DÍEZ DE ARTIGAS

SALUDO A DOÑA CUARESMA

Bienvenida y bien llegada, señora doña Cuaresma, apéndice del antrejo y amén de Carnestolendas.

Tras de Momo y de Terpsicore, Pierrot y Polichinela, la broma y el alboroto, la peluca y la careta, la holganza y la comilona, el baile y la borrachera, nuestros pasos zancajosos a nuestro oído se acercan.

Bienvenida y bien llegada, señora doña Cuaresma.

Desde que al nacer la aurora del miércoles, fría y trémula, se hizo el confetti ceniza y miserere la juega, y Arlequín guardó sus trapos y Colombine sus sedas,

los locos se han vuelto cuerdos, las caras están más frescas y más tranquilos los hombres y más hermosas las hembras. Bienvenida y bien llegada, señora doña Cuaresma.

Ya el *pudding* y el *vol-au-vent* y el *puré* y el *spoon-meat* han sido substituidos por la comida casera, y es el *rechauffé*, potaje, y el *champagne* es Valdepeñas y está sabroso el cocido y sabrosas las lentejas y mucho mejor el vientre y algo mejor la cabeza. Bienvenida y bien llegada, señora doña Cuaresma.

Todas las amas de casa os adoran y os desean; todos los habilitados os quieren y os reverencian y de todos los hogares tenéis las puertas abiertas y sois la dueña absoluta de todas las faltriqueras, pues si no fuese por vos, Dios sabe lo que ocurriría... Pero sois tan económica, tan razonable y discreta, tan parca y tan previsora, que conseguiréis que, a fuerza de espinacas y judías, de garbanzos y de aceñas, ahorremos en mes y medio de ayunos y de abstinencias todo lo que nos gastamos en una noche de juega... ¡Bienvenida y bien llegada, señora doña Cuaresma!

—MARCIANO ZUJIRTA

HABLANDO DE TODO

UN MINUTO DE GRAFOLOGIA

Mi amigo el doctor Bramsk, escalofriante y apuesto grafólogo, acaba de publicar un libro titulado *Manual de Grafología*. Aconsejo a ustedes que lo adquieran ahora mismo en cualquier cacharrería, entre otras razones, porque si no lo compra alguien, el doctor se va a quedar tristísimo.

Pues bien, mi amigo el doctor me ha hecho somatose la existencia a fuerza de hablarme de grafología. Se lo perdono porque es hombre de armas, de armas tomar, y porque tiene un rizo de pelo sobre la frente que me recuerda a los ángeles de Tiépolo.

Cuantas veces he hablado con Bramsk, me he visto obligado a sacudirle un sello de antipirina, infalible para el dolor de cabeza; juro sobre las cenizas de un cigarro puro que nunca he creído en la grafología. Esto no tiene nada de particular; tampoco creo en la eficacia de los superlativos ni en la importancia de la *mónada* de Leibnitz. Soy así de iconoclasta y de ceporro.

Sin embargo, el doctor Bramsk me va convenciendo lentamente de que por la escritura manuscrita puede deducir-

se el carácter, sentimientos y pasiones de la persona que la trazó. Un reciente caso me ha obligado a creer para siempre en la virtualidad de tal ciencia. A todos mis familiares y a mí mismo, extrañaba el caso de mi tío Polidoro, que en seis años se comió la fortuna de su esposa y la de su padre y la de su respetable madre y la de sus dos abuelos. Puesto a comer la fortuna, mi tío se hubiera comido la fábrica de galletas así denominada y aun se habría quedado con hambre. Y aquí viene el suceso a que iba a referirme: hace tres días sorprendí una escritura manuscrita de mi tío Polidoro y pude observar que, al escribir, mi tío se come todos los puntos y todas las lides de las tes y de las ehes. ¿No prueba esto que la grafología es más indiscutible que un aumento de sueldo? Creo que sí lo prueba y que no hace falta probarlo.

En consecuencia, yo también me he dedicado al estudio de tan científica rama del saber.

Y, al punto, he recibido dos millones trescientas cuarenta y siete mil caritas de otros tantos lectores y lectoras en

las que se me incluye un manuscrito y se me pide una respuesta grafológica.

Voy a contestar a los nueve comunicantes más impacientes. Lamentic no poder responder a todos; pero, en su defecto, trasladaré esas caritas a mi amigo el doctor Bramsk y que él responda por mí. No siempre se encuentran quien responda por uno.

UNA ENAMORADA. Madrid.—*Escritura ancha y fina*: afición a domesticar iligres cantándoles «El capote de paseo». *Trazos innecesarios*: prurito de comer con los dedos, aun estando en visita; desprecio al jamón serrano; ansias de poder oír, por lo menos, un concierto de radiotelefonía.

FRANCISCO ECHAZURDE. Bilbao.—*Escritura vertical*: costumbre de tomar alméjas sin abrirlas previamente; amar al verano en Cerdicilla. *Finale de palabras ininteligibles*: idiolez convulsiva; necesidad fisiológica de bofetear leyendo «La Jerusalem liberada»; borrachera perlinza; odio al caldo Maggi.

R. S. Salamanca.—*Aes muy abietas*: convencimiento de que Mussolini es idiota y Pirandello un camello de los Apeninos.

RAMUNCHO. Madrid.—*Escritura ascendente*: admiración por el inventor de los ascensores. *Márgenes correctos*: costumbre de tomar el tranvía de la Fuentezilla; abulia; certidumbre de que las mujeres son lo más rico que hay en el mundo.

RUBITA OXIGENADA. Madrid.—*Faltas de ortografía*: necesidad de ir al colegio. *Trazado grueso*: asistencia frecuente a los martes del Real Cinema, con un muchacho de Ciempzuuelos.

SÁNDALO. Barcelona.—*Escritura horizontal*: ganas de tumbarse a la bartola; odio africano a trabajar; agilidad para mover las orejas.

RAMÓN RAMÓN. Madrid.—*Escritura confusa*: equivocación de galerías al bajar al subterráneo del Metro; lectura frecuente de *La semana parroquial*; algo de estupidéz hereditaria.

ESTEBAN MENÉNDEZ. Baracaldo.—*Escritura gruesa*: deseos de subir en globo; costumbre de vestirse con trajes de El Águila; deportismo; dedo y medio de frente; imperiosa necesidad de afeitarse; costumbre de dormir al tener sueño.

ROQUELO H. M. Madrid.—*Tes en forma de lágrima*: hábito de tomar tes en la forma que sea; vivacidad; afición a los logaritmos; contumaz uso de cuellos de pajarita; tropezones al subir a las aceras; locura; elogios al gobierno.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib.
RADALEN
Madrid.

ELLA.—¿Te casarías igual conmigo si yo no tuviera nada de dinero?

ÉL.—Desde luego.

ELLA.—Pues, mira, vete a paseo, no quiero un imbécil por marido.



ROMANTICISMO

Dib. Rivasón. —Madrid.

—¡Mira cómo se arrullan esos dos pichones: no puede darse cosa más tierna!..
—Es verdad, nena, ¡nos los comeremos esta noche!

RAMONISMO

LA FUENTE EMPEDERNIDA

Aquella fuente estaba tranquila, colocada en un rincón poco frecuentado de la ciudad, y, por lo tanto, poco accesible para esos borrachos de aguas,



que agarran unas trópiticas blancas que dan miedo.

Queda, formal, con el rostro muy sereno el mascarón de proa de un empedón de hierro: la fuente era como dios oculto, un dios de poder latente, pero oculto, que esperaba la ocasión de alguna gran sed perdida.

Aquella fuente desusada daba sequedad a aquella esquina de la ciudad y era para los vecinos motivo de una sed especial y reflejo que les hacía ir hacia los aparadores y a solas con su conciencia solamente cometer el pecado de soledad, que es beber por el cuello de las jarras en vez de beber en los vasos.

La fuente atragantada, silenciosa, de desahogado resaca, vivía su vida propia sin tener apenas servidumbre.

Con un aire desafiador, blindado y negro, pechaba con todo. Era como divinidad sin culto que reflexiona en su derrota.

La comunicación interior con el agua que la solazaba en el fondo no frascendía de ella y era como mina de frescura que consolaba su hierro. Su alma tenía comunicatividad con los depósitos lejanos.

En su colodrillo de hierro, un bolínche bruñido, al que habían sacado brillo de plata las manos de los peregrinos al empularle hacia abajo, esperaba el cogito de ese que tiene bastante fuerza, para enderezar el agua hacia fuera y malgastar su heroísmo íntimo.

La fuente de la calle del Lebrillo vivía feliz, distraída y libre de esos acosos que la clavaban el resorte en el occipicio.

Recordaba cómo una temporada rica en vómitos de bilis, aquella en que por haberse roto una cafetería en las casas de la vecindad, todas las criadas de los contornos aparecieron con cántaros, jarras, lebrillos, barreños, potes, etc.

En aquellos dos días que duró la avería, la exprimieron, la agotaron, la dejaron flaca y sin jugos interiores. ¡Qué mal se sintió después de aquel vértigo de ordeñación!

Pero de nuevo volvió la paz a su espíritu y la fuente con su pequeña trompa, pronta al derramamiento, volvió a ser espectador de la vida que pasa, flogón de las esquinas, atento mastuerzo de plantón siempre.



Ya se acostumbró a no dar agua. Tomaba apariencias de fuente seca, con el pechero un poco verdinoso. Su musculatura interior aprendió a hacer el cierre perfecto y cuando por acaso se acercaba a ella el vagabundo sediento, no daba agua ni a tres firenos. No la convenía que se espaciese la noticia de que daba agua. Temía las grandes explotaciones y hasta cruzaba por su imaginación la idea de que pudiesen alimentar una turbina con su caudal.

Sólo cuando pasaban por allí los empleados municipales del agua, a los que reconocía porque siempre llevaban el gran sacacorchos en la mano, aflojaba su contracción y arrojaba agua con prontitud a la primera presión del empleado que descasta las fuentes inservibles.

Era la perfecta fuente hipócrita, y el que bebía por casualidad de su agua se volvía un poco hipócrito, porque hay fuentes públicas que dan celos, otras que dan temores de la vida y otras que dan espíritu callejero.

La fuente callada, hipócrita y hermética se había olvidado ya de su misión, cuando una tarde pasó por allí el golfo recalcitrante. Más fiera que nunca, aguantó todos los embates llenos de suspiros a que le sometió el mozo sediento.

El lóbulo de su cabeza que respondía al concepto de agua, estaba como atrofiado. Era gracioso ver la movimentación del jinete dando empujones a la fuente imperitísima como guerrero blindado, como tanque individual.

Pero el golfo sediento no era de los que se conformaban y llamó al amigo más próximo.

—Haz el favor de empujar un poco. —Maz el favor de empujar un poco, hasta que no bastaba—aún sonreía el dragón de hierro fundido—, llamó a otros amigos, hasta que, gracias a la pirámide humana, consiguió que la fuente brotase caudalosa, con fuerza de Eolo del agua, con soplo devastador e inundante.

Era una humillación bien inferida la de aquella fuente aplastada, que quedó en medio de un gran charco, reventada, hinchada, con una fuerte crispación.

La fuente hipócrita desde entonces está suave, servicial, arrepentida y a



veces sin saber por qué descompostura íntima—apretaron tanto aquellos malditos!—derrama su agua sin que nadie le toque, con hemorragia fatal.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA
(Ilustraciones del escritor.)



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—¡Qué grande debe ser vuestro portero jugando al tute! ¡Hay que ver lo bien que falla.

TRANSMIGRACIONES, METEMPSICOSIS Y ARMAS AL HOMBRO

(o almas a la espalda, si les parece mejor.)

Está comprobado, hasta la mayor saciedad, que ninguno de los seres vivos que actualmente pueblan este ignominioso planeta dispone de un alma que no haya sido usada anteriormente por otro ser. Quiero decir, me da la gana de decir, que lo de la reencarnación de los espíritus es una cosa que admiten ya hasta los más escépticos y recalcrantes, que admiten los sabios y los majaderos; y, en suma, que la admiten hasta en las casas de préstamos, a pesar de su escaso valor específico. ¡Nadie, pero lo que se dice nadie, niega ya que las almas que hoy usufructuamos son almas de lance, almas de ocasión, almas de segunda, tercera o cuarta mano!... ¡No hay un alma que sea nueva, y esto es tan innegable como que en la mayoría de los reinos tampoco hay un alma, ni nueva ni vieja!... ¡El espíritu que hoy anima

a un carbonero al por menor, resulta que ha pertenecido en otro tiempo a un distinguido mochuelo o a un calamar aristocrático, y que luego ha encarnado tranquilamente en el tío del cok y de la leña, aunque a ustedes les parezca un tanto absurdo que el espíritu de un carbonero pueda ser encarnado siendo negro el poseedor!...

Creo, pues, que estaremos ya todos de perfecto acuerdo en que nuestras almas respectivas han gozado ya de otras existencias, han vivido otras vidas y han pasado ya lo suyo en otras encarnaciones o en otras iburcias. Aquí lo difícil es determinar lo que han sido nuestras almas y de quién han sido, antes de venir a parar a nuestras manos. ¿Quién sería capaz de averiguar si antes de ser gimnasta había sido cucaracha?...

¿Qué señora catequista podría ente-

rase de si fué una perra gorda antes de ser una beata?... ¿Qué novelista llegará a conocer o a reconocer que fué anteriormente un besugo? ¡Aseguramos que no lo reconocerán ni los que son besugos en la actualidad!

Y sin embargo...

A despecho de todo lo escrito, a pesar de las aparentes dificultades que presenta esa averiguación, hay un doctor, mitad francés y mitad checoslovaco (y totalmente criminal), que está dedicándose ahora a determinar con pasmosa exactitud lo que han sido ciertas personas antes de ser lo que hoy son y lo que seguirán siendo si les dejan y si el tiempo no lo impide. Claro es que, admitida sin enconadas discusiones, la teoría de que todos hemos tenido el alma metida en un animal más o menos noble o más o menos inmundado, resulta la tarea de ese doctor

franco-checo-foragido sumamente fácil. Realmente, es preciso meditar muy poco para dar con la mayoría de las soluciones buscadas. Si nos empeñamos en saber las encarnaciones antiguas que han tenido las almas de nuestros personajes más conspicuos, es seguro que caeremos en ello al minuto escaso de habernos ensimismado en el asunto.

¿Quién duda de que Santiago Alba fue liebre alguna vez? ¡Demostrado está con hechos elocuentes!

¿Quién será capaz de negar que Frances Rodríguez ha sido cotorra?

¿Y quién no convendrá en que Loretto Prado ha sido loro? ¿Y cuál de ustedes se atreverá a disculparme que Vázquez Mella no ha sido cangrejo? ¡Con flarse en la dirección en que marcha en política, huelga toda controversia!

Chelito torzosamente habrá sido gallina; el Oatlo es lógico que haya sido pollo (a todos nos ha pasado, y no iba él a ser una excepción); y Romanones bien claro está que puede haber sido pato, aunque otros autores susfityan por por pata, tal vez con más razón y oportunidad.

Teresita Saavedra, no es exagerado suponer que se haya apoderado del alma de una lombriz, si bien hay quien sostiene que este caso de Teresita es único, pues aunque se admita que tiene

alma como los demás seres, ya no se puede admitir con la misma seguridad que tenga cuerpo. Quede este insólito hecho para ser sometido a la consideración de otras eminencias un poco más preclaras todavía que nosotros.

Sánchez de Toca tiene algo elefantástico; La Cierva nos dice con su apellido más que lo que aquí pudiéramos decir; Edmond de Bries es extraordinariamente mono y Bergamín relativamente oso..., y no es que oso molestarle, pero la sinceridad obliga a mi pluma a no retroceder.

¿Ven ustedes lo sencillito qué resulta averiguar los antecedentes anímicos de las personas ilustres?

Pues lo mismo de fácil es, por ejemplo, determinar lo que yo he sido en mi primera encarnación; y se lo voy a confesar a ustedes para dar un remate digno a este peregrino trabajo.

Yo he sido un solemne ganso.

¡Y lo más triste, y lo más amargamente irremediable, es que lo sigo siendo en el momento de escribir estas líneas!

¡Que ustedes me perdonarán, teniendo en cuenta mi reconocimiento explícito de que son una gansada!

Mejor dicho, son varias.

¡Laus Deo!

NÉSTOR O. LOPE



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. —Málaga.

ENTRE AUTORES

—¿No lo conoces? Ahí va el pequeño Izquierdo.

—¡Ya sé! El del pequeño derecho,

PIZCAS Y MIAJAS

Fuf a cenar con una socia el domingo, y me afirmaba que el bacalao que me daba era realmente de Escocia. Y un cuando no los distingo, de Escocia fue, y estuyendo. ¡Piquito me está escociendo la boca desde el domingo!...

II

—Voy a tener—dice Inés—que pegar a mi Gaspar.

—¿Y por qué le has de pegar?

—Por lo despego que es.

III

Tan flaca está Paz Arenas, que, según dicen sus nenaz, usar el corsé no puede, pues se hace un lio (y no adrede) de costillas y ballenas que no hay quien lo desenrede.

IV

Preguntó a Blas un señor:

—De tus dos mellizos Blas,

¿Y quién tienes más amor,

a Hermógenes o a Tomás?—

Y dijo Blas:—¡Al mayor!

V

¿Que al día Juan Roca en Trillo toma diez tazas de moka?

Ya se de qué muere Roca:

¡del mokillo!

VI

Dice a Salas Nicanor:

—¡Muchos sombreros con galas

va comprando mi Leonori!

¿Y tu chica, amigo Salas?

—Va empezando a tomar alas...

[que es peor]

VII

¡Si tendrá paciencia Llanos, que, por el método Asfori, enseña, ante sus paisanos, el árabe a los gusanos del queso de Roquefort!...

VIII

Con tal afán de mostrarse como artista singular canta *El Barbero Pilar*, que dan ganas de afeitarle oyéndoselo cantar.

IX

Gran socialista es Bautista, según he sabido ayer. Pero pare socia lista... ¡su mujer!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



UNA.—Hay que ver, marqués; cualquiera dice que tiene usted setenta años...
OTRA.—Ya, ya, ni una cana ¿eh?

Dib. Man.—Madrid.

EL CAPICÚA

Desde pequeño, don Pascual había tenido la manía de los grandes gestos, de las grandes frases; para él todos los actos de la vida merecían subrayarse con alguna frase trascendental.

Los años de su infancia, eran para él, motivo de remordimientos infinitos; no se podía perdonar los balbuceos infantiles, las frases sin sentido, las preguntas imprecisas, que había lanzado en su corta edad.

Don Pascual recordaba con horror la primera palabra que había aprendido, por boca de su ama: «Caca». Don Pascual había pronunciado esa palabra muchos días, y todo el mundo había oído salir de sus labios ese «Caca» terrible que tanto le avergonzaba.

Mas, el melindroso señor había corregido su léxico y poco de llegar a la edad de la razón. ¿Cuál es esa edad?

Don Pascual sólo decía frases perfectas de forma, frases rotundas; ante todas las cosas reaccionaba con una sentencia.

Aquel señor era un archivo de lugares comunes; todas las sentencias y todas las ideas de los novelistas y de los poetas del final del siglo xix se hallaban recopiladas en él, y las sacaba a relucir de vez en cuando... Don Pascual tenía también frases propias; mas

eran de la misma calidad que las de sus autores.

Don Pascual decía a veces que «no se sabe lo que se quiere a las madres, hasta que se las pierde». Otras veces aseguraba que «todo era según el color del cristal con que se miraba»...

El buen señor había pasado su vida dedicado a la fabricación de frases, y en verdad que no habían sido otras sus aspiraciones. De joven había tenido relaciones amorosas con una señorita fea como él; y no se habían casado, para no tener hijos, como hijos de portera.

Sus preocupaciones espirituales no le habían dejado más tiempo que dedicar a esas cuestiones, y sin notario se había hecho viudo y quedado soltero.

Mas no le importaba, pues con sólo encontrar una frase de hermosa sonoridad, ya era feliz como un niño en un montón de arena.

Mas, la preocupación de Don Pascual, consistía principalmente en cuál iba a ser la última frase, la última palabra que iba a exhalar al morir.

El hubiera dado su fortuna por saber que su frase postrera sería:

«Me siento morir, pero voy tranquilo al imperio de las sombras, por haber cumplido siempre mi deber» o bien:

«Conservad todos la sangre fría; me voy; hasta pronto» o

«¡Adiós vida fatal, te abandono sin disgusto» o

«Muerie, no me asustas, allá voy decidido»...

Pero se aterraba ante la idea de que iba a morir, dando un recado por teléfono o discutiendo con su ama de llaves...

Cuando Don Pascual se sintió enfermo pensó, «ya ha llegado el momento» y se dispuso a tener una frase final, digna de él.

Conforme se iba agravando su enfermedad era más parco en sus palabras. Sus frases salían después de una larga elaboración.

Cuando al enfermo le dijeron que tenía cuarenta grados de fiebre sonrió y dijo «muero tranquilo»; después de esta frase siguió viviendo y al meditarla no la encontró bastante trascendental para ser la última, e inmediatamente la corrigió: «Muero tranquilo y satisfecho»; pero en la corrigió más tarde: «Muero tranquilo, y satisfecho y contento de haber vivido, cumpliendo siempre con mi deber».

Pero diez minutos más tarde suprimió lo último por parecerle demasiado presuntuoso.

Entre frase y frase, el enfermo permanecía callado, tenía que un fin brusco estropease sus últimas palabras. Cuando se sentía muy mal, pedía algún medicamento que le aliviase e inmediatamente pronunciaba la frase últimamente escogida.

Estas se iban sucediendo cada vez con más frecuencia, pues la fiebre le hacía ser muy exigente con su léxico; las frases de despedida eran cada vez más sonoras, más profundas...

Don Pascual sólo vivía por efecto de la cafeína y su vida artificial de última hora la empleaba en escoger una hermosa última palabra. El agonizante exclamaba: «Azul», «aureo», «carmesí», «gualdrapa», «onomatopeya», «lapizlázuli» y todo lo que en su fiebre le sonaba perfectamente...

Después pidió una nueva inyección de cafeína «Ca-fe-na»; dijo, y luego siguiendo su idea, añadió: «¡Plácidez...!», «¡plácido!», «¡claridad!», «¡clara!», «¡clara!», y viéndose perdido intentó pedir de nuevo la inyección. «Ca... ca...» Y no pudo ya decir el «...feina»...

Un ahogo, como cuando no se respira para matar al hijo, le hizo presa; después vió un negror intenso; pensó en la cuenta del gas de ese mes y en una mecedora verde que había visto una vez desde el tren, en el jardín de una casa de un pueblecito...

Había fallecido...

BOGAR NEVILLE



Dib.
DEL RÍO
Barcelona.

—¡Hola, Pepillo.
¿De dónde vienes?

—De ver a un
amigo que me ha
regalado esta Vida
de Napoleón...

—Te encuentro
muy gordo

—¡Como no sea
porque llevo "una
Vida regalada!"

BAMBALEINAS DIABLAS Y TRASTOS.

TORRE DE MARFIL

Comedia de Gregorio Martínez Sierra, estrenada en Elvira.

Hay en la obra del Sr. Martínez Sierra un conflicto social. —lucha de clases— completamente resuelto. El conflicto proviene de que el hijo de una marquesa, un marquesito con más dinero y más décimas de temperatura de las que corresponden a cualquier hombre normal, se enamora de una modistilla. El marquesito conoce a la modistilla en la Bombilla y la modistilla conoce que el marquesito tiene unas ganas atroces de abrazarla. El infeliz, sin embargo, no sabe bailar; y a la modistilla le da tanta lástima eso de que un muchacho joven al que se le va la cabeza con frecuencia, no pueda disponer del medio único que han inventado los mortales para abrazar a una mujer sin necesidad de pasar por los trámites y caperas de ordenanza, que, llena de piedad, viene a decirle: «Anda, hombre; no te apures; abrázame como buenamente puedas, aunque perdamos el compás y va veremos». Esto ocurre en un día de fiesta y desde entonces que.

re el marquesito continuar las fiestas a diario.

Pero al marquesito se le presentan los días de trabajo en figura de preceptor, el hombre que le hizo siempre estudiarse las lecciones; es decir, el hombre que no fue ni aun jueves por la tarde, no digamos ya domingo, y entre él y la señora marquesa, la señora que fue siempre maries 13, se llevan el marquesito para dejarlo convertido en un viernes de cuaresma, con abstinencia y sin que le valga ni la bula.

La modistilla entre tanto ha tenido un Dominguito, ¡más torero!, y de ahí el conflicto entre el marquesito, que oye campanas y no sabe donde, pero sabe que tocan a casarse, y la marquesa que se empeña en que su hijo no se case. «Por qué? Sencillamente porque ella es modistilla y el hijo bastardo. Por orgullo de clases, or prejuicios de casta y de sociedad, por mil detalles.

Pobres de la muchacha, del muchacho y del muchachín si la joven no fuera modista; ella, sola y desvalida, no conseguiría triunfar de la marquesa. Pero las marquesas ante las modistas no son nada: las marquesas no aceptan ley de nada ni de nadie,

pero ¡de las modistas!... Llega la modistilla y con cuatro golpes de filera y tres alfilerazos, le corta a la marquesa un traje tan a la medida y tan justo que todos los escudos de la señora Marquesa son pocos para ajustarle las cuentas a la otra.

Si ella fuera una pobre planchadora, ponga por oficio, y se encontrara con que le habían traído de París lo que le han traído a ésta, ya se podía quedar sacando lustre a las prendas de los otros, sin que consiguiera para la prenda suya el lustre del marquesado.

Pero todo lo que traen de París a las modistas se impone en todas partes y entra en las casas de la alcurnia más encopetada y en calidad de «modelo» nada menos.

El marquesito, pues, acaba por salir desbocado en caballo al efecto para unirse con la modista; y la madre suponemos que, cuando se entere, celebrará por aceptar las novedades de la estación y en vista de ellas, y mujer al fin sentirá irresistibles deseos de adquirir aquel nuevo modelo de París que la suerte le ofrece, modelo que a pesar de ser de entretiempo, sirve para toda la vida y es de un género no ya solo recomendable, sino insustituible.

EL HOMBRE, LA BESTIA Y LA VIRTUD

Comedia de Luis Pirandello, estrenada en la Princesa.

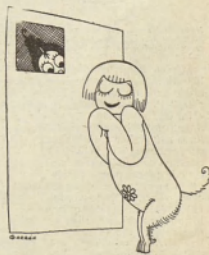


El Amor pasteleando,

«¿Quién ha escrito esta comedia de Pirandello: el hombre, la bestia o la virtud? Que se trata de una bestialidad es cosa reconocida por todos los espectadores a reza. El elogio supremo adquirió en todas las bocas la misma expresión: «¡Qué burrada!... Pero esto no quiere decir nada en contra del autor ni de la obra. Se dice de alguien ¡qué burro! con la misma intención admirativa que pudiera decirse «¡qué hombre!» Ser burro es, por lo visto una virtud. El hombre, el burro y la virtud ¿se mezclan según eso en Pirandello? No podemos asegurarlo aunque semejante confusión sería muy pirandellista: Tres en uno: casi todos los personajes que han encontrado a este autor son varios en uno, son varios a medias y no acaban de ser ninguno por completo.

En esta obra en particular... De esta obra no podemos informar a los lectores porque nos lo veda el verde subdito de un tiesto, dos tiestos, cinco tiestos que aparecen en escena y que nos impide ver con claridad dónde se encuentra a punto fijo la virtud y dónde al hombre,

Pero, ¿qué es puede nadie, en rigor, asegurarlo en ningún caso? Se disfrutaba tanto el hombre de virtud, la bestia de hombre, etc., que no es tarea fácil



L'après-midi d'un faune, letra de Pirandello, música de cámara.

la de poner cada cosa en su lugar y los puntos sobre las íes. Por eso el amigo Pirandello nos dedica esta comedia que es a la vez—como muchas de las suyas—un acertijo maligno y que tiene la virtud de decir al hombre: «¡Cuidado con la bestia!... ¡Cuidala bien, porque si no da coques!»

Ahora que aquí... aquí la bestia es... matrimonial—y eso ya complica los problemas—. En esta obra no se trata—aunque pudiera parecerlo por el título—de «El hombre, la bestia y la virtud», así, a secas, sino que el hombre es el hombre casado, la bestia es el buey suelto y la virtud es la virtud matrimonial, o sea una virtud que deja de serlo fácilmente. El maligno de Pirandello parece que plantea el problema y que insinúa soluciones, pero, en rigor, deja todo en el aire mientras se rie, socarrón y guiña el ojo. Es imposible saber nada a punto fijo. Pero es bueno que alguien nos de la voz de alarma y

nos advierta: «Buen hombre, ¡ten cuidado!, no sea que la bestia se le disfracce de virtud y viceversa».

Luis Llanos, extraordinario actor, estuvo en el papel de capitán «bestial», sencillamente: la señora Jordi fué la virtud misma—¡oh, qué lástima!—y to-

dos los demás intérpretes se portaron como unos hombres.

Nota.—Para completar la información, y ya que nosotros no podemos explicar con palabras la obra del señor Pirandello, publicamos esos dibujos aclaratorios de nuestro colaborador Garrán, dibujos que, como pueden ver ustedes, tampoco tienen explicación si no se ha visto la obra.

El amor farmacéutico vierte en un pastel productos de pica pica; el niño da un mordisco al pastel; su papá, el capitán, se zampa el res'o, y sobreviene la bestialidad mayúscula, que llena de verde la ventana y la obra toda con cinco espléndidas floraciones primaverales, dignas del marqués de Bradomín y de sus amaneceres triunfantes... ¿Siguen ustedes sin enterarse? Lo creemos. El que quiera enterarse, vea la obra y se enterará. No podríamos decir de todas las obras otro tanto.



Final de la obra—consumarla.

LA VUELTA AL REDIL

Comedia de Honorio Maura, estrenada en Lara



Polo. Rúa.

Honorio Maura, que ha terminado brillantemente el examen de primeras letras en el ejercicio La vuelta al redil, presentado en Lara.

¿Quién había de decirnos que un hijo de D. Antonio Maura pudiera escribir con soltura y clarísima sencillez? Pues así es, mal que nos pese. «Mal que nos pese», en efecto pues nosotros hubiéramos querido que no fuera así: elabar a un Maura puede ponernos en peligro de que nos confundan con Azorín y de que supongan en nosotros secretas ambiciones académicas. Pero la verdad ante todo, sean cuales quiera los riesgos. Y la verdad es que en esta última comedia hay párrafos, frases y vivacidades de diálogo, que tienen concisión, corrección y claridad. ¡Luego nos vendrán

con que si la here-cia y si el medio y con que de tal palo tal astilla!

La astilla nombra a Honorio que

ahora nos habla de la vuelta al redil, estaba en el redil y... dió la vuelta, le volvió la espalda y se marchó, huyendo, acaso, del palo paterno y prefiriendo hacer palotes por su cuenta.

El hijo del confitero aborrece los dulces. Honorio debía estar empalagado por haber visto des de cerca y muy de niño cómo se hacen los pasteles académicos, y decidió escapar.

Cada día escribía una plana con mucha aplicación, pegando las narices al papel de puro querer fijarse; sacando la lengua y mordidosela, como los niños aplicados. Estaba muy bien.



Nocturno musulmán.



Una escena—repleta—de la obra del Sr. Maura.

clan: «¡Vaya, hombre, para la edad que tienen!...»

Un día vimos una plana de gracioso aspecto: «Un autor en busca de seis personajes.» Presentaba aquello cariz de buenas letras. Ahora, en otra nueva plana, «La vuelta al redil», va escribiendo ya como los hombres; ya no se muerde la lengua, aunque sigue, sí, sacando la lengua todavía, pero deliberadamente y con todo desparpajo. Este texto de la plana es todavía... ¡ya sabemos cómo son los textos de las planas escolares!, pero la letra indica un adelanto tan notable y tan inesperado, dados los ya dichos anteceden-tes familiares, que todo el mundo se hace cruces: ¡Vaya usted a creer en las leyes de la herencia!

MANUEL ABRIL

(Dibujos GARRÁN.)

RESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe dirigirse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

J. G. Q. Madrid. — Su artículo de la barbería está mejor escrito que pensando. Lo que se dice en él que no nos interesa. La forma en que se dice, sí. Esto, en resumidas cuentas, es un elogio que debe an-

SASTRERÍA LONTE

Corredera Alta, 19

Trajes y gabanes desde 35 pesetas

marle a usted a pensar más las cosas ¿está entendido? ¡Pues a ello!

Don Gonzalo. Sevilla. ¡Qué más o, pero qué malo en su cuento, Don Gonzalo! ¿Tendrá, perdida, que decirle que no me hacéis de reír? ... C. Porriño, Madrid. — Su ingenio envío, firmado con más de un

tercera. Versos de actualidad, que dentro de dos meses pueden estar más viejos que don Rosario Pino y más pasados que el verano de 1934, no entre tampoco en nuestros cálculos al aceptarlos, y, con elusiones políticas candentes, mucho menos!

Lea usted

Anuncie en "Vida Madrileña"

Oficinas: Puencarral 66.

Director: DOZ DE LA ROSA

Cuarde y dilima. Trabajos como el titulado *Contra tradición* son generalmente y tradicionalmente destinados al horrendo cesto, y no creemos oportuno hacer una excepción a favor de usted, a pesar de lo mucho que aquí le estaremos...

Bodegas de los CEAS

Sebed Licor Benedito, Anís Santa Margarita y Anís Vena.

Alberto Aguilera, 29. Teléfono 10-59

Alfredo Dáncos. Granada. — ¡Por qué no se toma usted le ligeral no moleste (que quida le 7 suta co-

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGOZO

seudónimo, y prodigo en nuestras literarias, nos sugiere a la siguiente respuesta en varias partes:

Primera. Cuartillas escritas con Moli, por muy Faber que sea, no se las admiro ni a monieur Paul Bourget ni a monieur Bascio Bifler, porque por novelas y pongo porque me da la gana.

Segunda. Infiltraciones de trabajo, hechos pavorosos en nuestra revista por uno de nuestros más estimos colaboradores, llega también que se admiten y por tanto tampoco se admiten.

A. L. M. San Sebastián. Su artículo tiene un pero... ¡que en bastante melisierol! Par-Gas Ostentelid.

Mi querido amigo Par-Gas: eses rimas que ha mandado no, muy largas... ¡Don tan largas que acia el cesto se han largado!

P. T. Madrid. — Se acepta su despedida y entra en turno.

V. Zamorro. — Eso es más corto que el calcetín de un Kirin.

A. N. C. Valladolid. — Fanny ha que bien en despreciar a usted, porque calado si es usted inteso e inapropiado, querlo amigo.

Mensu. Madrid. Meado diago, amigo, va a llevarse el buen Menado cuando vea que le digo

que su dibujo es un lago y que admire no puol

J. S. M. El Toledano. Madrid. — Su artículo es caalid-te y tonle como un lago inf-ni. Paso a la-mento y des-mostrar os rio del ci-vido. Re-ba la ex-resión de nuestra ca an-tróica con-dución.

no se haga usted ilusiones prematuras, porque por sus versos es seguro que no va a ser el a parrillar ni un inamido rubio molesco e a la p r que soñifica. Y esto de a la por no quiere decir que está e la

ALHAJAS

Se compran para casa extranjera, pagándose es espléndidamente. Puerta del Sol, 11 y 12, segundo derecha.

Horas, de once a una y de cuatro a seis.

Caballero Andante. Madrid. —

Es usted estúpido como el pingüino, deshonesto como el gallo, pesado como el elefante, inoportuno como la pulga y vacío como el ce-lamari!

par el suadidico rubio. ¡Qué más quisiera Trotsky su numerosa y dis-tingida familia!...

AMADOR

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13



GRAN VÍA, 18

JUQUETES
COCHES DE NIÑO

HERNIAS
Las que se curan
fácilmente
con Campos
donde MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Instituto Figuera 8

P. R. F. Madrid. — No sirve, ni creo que llegará a servir nada de lo que usted nos manda. Es mejor que cambie usted de oficio.

Teniendo lo tos que tienen, curarse no se concibe, ha de desaparecer tan solo tomando Jarabe Oribe.

Luigi Vampa. Murcia.

Elocuente Luigi Vampa, pido su ilustración de Pin y del genial Mussolini,

midia sea tu estampel...

Quero decir que medito sea ese lauderoso dibujo que nos remites,

ahora con las suaves, satinadas y perfumadísimas cuartillas con que usted nos ha honrado sin merecerlo nosotros ni tanto así.

ALBERTO RUIZ

JOVERIA. — CARPETAS. 7

Palasera de paldia.

A la presentación de este anu-
cio, se descuentan el 10 por 100.

T. Moreno. Jaén. — Eso no es absolutamente nada.



Agua RADIUM

TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación se logran
— matices permanentes

CORTES, HERMANOS.—BARCELONA

A. Q. Madrid. — Muy largo y no modo lo pertinente y adecuado que fuera aumentar para nuestras co-mu-nas.

P. de la P. Escorial. — Es más extenso que el desierto de Sahara y además no vale gran cosa que di-gamos.

pero de peso hago extensiva la val-dición a tu angustiosa fisonomía, sea o no agraciada, que no me importa ni un pelo, sea como sea.

L. T. L. Palma de Mallorca. — Si, señor, aquí se abona religiosamente todo lo que se inserta en nuestras universales páginas. Pero

Severo Juez Valencia. Ilustre Severo Juez: eso es una estupidez

ANTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el caso contrario indicase: «Para el Concurso de chistes».

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la óstula personal para el cobro de los premios.

¡Ahí! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

—¿Cuáles son los hombres más chistosos?

—Los boxeadores. Porque tienen cada golpe que fumban de espaldas.

K Listo. —Madrid.

San Pedro, jugaba con los ángeles a los dados, con tal suerte, que les ganaba el dinero de una manera maravillosa. Paso Dios, Nuestro Señor, junto a «os diestros jugadores, y como e luego as capaz de tener, no a un santo, sino hasta el mismo Dios en su acia, como probar forta en una franqueta que encanó a los ángeles.

Tiró San Pedro primero y sacó doce, que es el número mayor que se puede sacar en el juego de los dados, y se le veía en la cara la alegría más grande de su vida de santo. Tiró después Nuestro Señor y, con gran asombro de todos, sacó trece. Pero, indignado San Pedro, le dijo:

—Oiga, amigo; milagritos, no, que nos juguemos el dinero...

Kaid: he de la hoja.

—El colmo de un alemán?
—Vestir a la americana con género inglés, comer macarrones a la italiana con un pan francés, abrigarse con un «trais», llevar mil reis en el bolsillo y tomar chocolate con un «ulzo».

Paragüita. —Teluán.

¡Buena diferencia!
—¿Conque la prima, por fin, tuvo que ponerse a servir?...
—¿Qué? Si mi prima no está de criada, está... ¡de ama! ¡Ya ves... críe dos gemelos!

Carlos Allenza. —Madrid.

—¿Cuáles son los automóviles que no pueden atropellar a nadie?
—Los del Centro electrocinético, porque los llevan en la gorra.

E. Ramón.

En casa de cierto Consejero de un Banco en quiebra:

—¿Eh, señor, no está en casa?

—No, señor; ha salido.

—¿Tardará mucho en volver?

—Unos... velicito me adue.

C. Porrillo. —Madrid.

En un paseo del Retiro, entre amigos.

—Oye, Liborio, ¿es que van a pasar los reves por aquí?

—Hombre, no lo creo. ¿Por que lo dices?

—Porque como veo tanta «parela»...

«Bapatoles».

A. Izaguirre.

Un soldado que estaba de asistente con un oficial, al que había reprendido varias veces por no presentarse en la debida forma, le dice: Toma, muchacho, cinco pesetas y vea por una caja de papel y sobre;

Hecho el recado, entra el asistente sin poder permiso en la tienda hasta que está casi dentro.

El oficial, para enseñarle prácticamente, le dijo: Mira, muchacho, la ahora vas hacer de teniente y yo de asistente, para que aprendas.

Salte el oficial; y le dice: «¿Da usted su permiso?»

Asistente. —Sí, pase.

Oficial. —¿A la orden de usted, mi teniente! Tenga la caja de papel y una peseta; e se ha sobrado.

Asistente. —Gracias, muchacho, lo que sobre para mí.

Pedro Vizcaino. —Mellid.

Misceláneas.

Un estudiante visita a un médico:

—Doctor... ¡eh...! Hace más de un mes que tengo fiebre por las tardes.

—¿En ese caso... respondo el grano... no estará demás que le analice.

Quince días después, estudiante y médico se encuentran en la calle.

—¿Que le echo a usted, doctor, por el análisis?

—Cincuenta pesetas.

—¿Carey? —«Enteste el paciente» — ¡Demande de haberle dando lo sangre de mis venas!

Leandro Reyes Santa-Paz.

En un coche de tercera viajaban un sacerdote y varios militares con licencia; uno de ellos, a cada paso, echaba por su boca grandes blasfemias, tanto que el sacerdote le llamó al orden, diciéndole: militar, por este camino que lleve va usted de recho al infierno.

—¿Re... respondió el militar enseñándole el billete... no ve usted que llevo billete de ida y vuelta.

Luis Alvarez. —Bacorián.

Un indiano y un catalán se definen ante el escaparate de una tienda de artículos foto-gráficos.

El catalán, obs. rando un West pocket, pregunta al conserjero:

—Oye, ¿eso que es?

—Parece mentira, hombre, contesta el andalusí, que tú siendo catalán, no sabes qué es, en tu lengua.

¡Qué decir que ves poco!

Los Tres. —Teluán.



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Grta Vta, 2.



CREMA

LIDA

RECONSTITU- TUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



Dió. BILBAO.—Madrid.

EL.—Ese es Raul, tu novio de la semana pasada. ¿Por qué terminasteis?

ELLA.—Porque no quería creerme que era mi primer novio, ya ves, cuando ni Pablo, ni Alfonso, ni Rafael, siquiera me lo preguntaron.

Ayuntamiento de Madrid